

## SUEÑOS HÚMEDOS

Rocío Barrionuevo

Qué calor, qué sofoco, pero qué sensación tan espléndida es el despertar con la propia mano adherida a la entrepierna tratando de prolongar un sueño lujurioso que se nos escapa. Con el cuerpo estremecido y la piel erizada, mantenemos los ojos cerrados para que no finalice el orgasmo que impunemente hemos experimentado en los brazos del vecino, del fiel amigo, del actor de moda, de la compañera universitaria o del desconocido que apenas vimos unos segundos en la calle.

Durante un sueño húmedo, el durmiente puede ensayar desde los tentadores paraísos del ménage à trois hasta los atormentados goces del incesto sin ningún escrúpulo puritano: sí, los sueños húmedos siempre son transgresores. No tendría ningún chiste que nuestros desenfrenos oníricos se parecieran a los experimentados en la vigilia ni que nuestros amados de carne y hueso fueran los protagonistas. Por eso, en épocas pasadas, las nocturnas visiones fueron una amenaza contra el orden establecido y se les relacionó con las fuerzas del mal y con la enfermedad.

El pensamiento medieval europeo catalogó la masturbación entre las “ofensas de castidad” y, por su cercana vinculación con tan “nefanda práctica”, los sueños húmedos adquirieron implicaciones morales negativas. Se consideraba que eran frutos de la simiente que Satán sembraba en las mentes mortales para infringir las leyes divinas y se culpó a los demonios de provocarlos para obtener los “jugos divinos”; es decir, el fluido de la mujer para lubricar la vagina y el semen expulsado por el hombre en el momento del orgasmo, que eran considerados líquidos tan preciosos como la misma sangre. Con absoluta seguridad, se creía que cuando el hombre o la mujer cumplían su fantasía cachonda en el sueño y llegaban al clímax, el demonio en turno bebía los fluidos de los durmientes para robarles la energía vital y, sobre todo, les arrebatara el alma, único lazo con lo sagrado que poseen los hombres, según los teólogos católicos de aquellas épocas.

Sofocar las inclinaciones del cuerpo, feroz prisión del alma, fue una de las metas perseguidas por la Iglesia católica, por lo que las enseñanzas de mesura y autocontrol del cuerpo eran dictadas en todos los púlpitos de cada una de las capillas y catedrales europeas. No en balde, los soñadores medievales seguían al pie de la letra ciertas costumbres: dormir boca abajo y dejar muy cerca un alimento dulce para distraer al demonio cachondo, pero sobretodo era muy socorrida la práctica de mantener relaciones sexuales en la oscuridad para que el maligno no se excitara con las imágenes de los amantes y decidiera visitarlos cuando, ya colmados los ardores, durmieran solos.

Después del siglo XV, asociados a lo que se nombró como “vicio secreto” (masturbación), el desprestigio de los sueños húmedos continuó. Ya no se pensó que los demonios provocaran los espejismos nocturnos, sino que eran producto de la enfermedad. Soñar con un cuerpo (o varios) bien dispuesto a rendir homenaje a Eros, mientras se gime de placer, se consideró el origen de severas deformaciones corporales y de demencia. Los médicos del Siglo de las Luces recomendaban a sus pacientes no comer huevos, espárragos ni quesos para evitar “el trastorno”.

Sigmund Freud, a finales del s. XIX, tampoco contribuyó a dignificar la opinión que se tenía acerca de las fantasías voluptuosas que surgen en el sueño al expresar que "en todo sueño anida un deseo reprimido" y que "el sueño es la realización de nuestros deseos". Si antes de las declaraciones del médico vienés los soñadores se sentían atribulados al confesar sus visiones, después fue mucho peor, porque nadie quería exponerse a la burla social. Hombres y mujeres guardaron silencio para que no se les etiquetara como reprimidos o para que no se pensara que su vida sexual era aburrida o simplemente inexistente.

Posteriormente, en 1948, Alfred Kinsey se enfrentaría a ese disimulo colectivo cuando interrogó sobre sus quimeras noctívagas a 5, 300 caballeros y a 5, 460 damas, entre los 16 y los 65 años. Los resultados de la encuesta fueron: 63% de

los hombres admitió tener sueños húmedos, mientras que sólo el 37% de las mujeres contestó afirmativamente. Gracias a la investigación Comportamiento sexual en el varón humano, de Kinsey, se supo que los sueños húmedos no son sólo propios de los adolescentes varones, sino que ambos sexos los experimentan a cualquier edad; también se advirtió que no hay correlación alguna entre este tipo de sueños y la abstinencia o la nula actividad sexual del soñante.

Como tema literario, muchos autores han contribuido a propagar la leyenda negra de los sueños húmedos. Desde san Jerónimo en sus Cartas, Arthur Schnitzler en Retrato soñado hasta Haruki Murakami en Los años de peregrinación del chico sin color, por citar sólo algunos, los personajes que tienen fantasías eróticas nocturnas son descritos como tentados(as) por los demonios, enfermos(as) mentales o reprimidos (as), aunque la causa real de que despertemos mojados y satisfechos después de un sueño voluptuoso aún no se conoce. Por fortuna, actualmente somos legión quienes gozamos tan placentera experiencia sin buscar motivos ni justificaciones y sólo interpretamos los sueños húmedos como un regalo más del rico catálogo que nos ofrece la sexualidad.

\* Publicado en la revista Bítacora Pública.